

STEPHEN R.
LAWHEAD
CICLO PENDRAGON
GRIAL



minotauro

STEPHEN R.
LAWHEAD
CICLO PENDRAGON
5
GRIAL

minotauro

Ciclo Pendragon n.º 05/06 Grial

Grial (The Pendragon Cycle, book V)

by Stephen R. Lawhead © 1997

Published by Lion Publishing

All rights reserved

This edition published under special agreements

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2026 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Gemma Gallart

Diseño de cubierta: Coverkitchen

Revisado por: El Taller del Llibre

ISBN: 978-84-450-1903-0

Depósito legal: B. 13.938-2024

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros



Yo, Gwalchavad, señor de las Órcadas, escribo esto. Y si bien no resulta tarea fácil, tampoco es menos ardua su lectura me temo. A diferencia de Myrddin, o de los clérigos de túnicas marrones, no domino el arte de emborronar cuartillas, y bien sabe Dios que mi mano sujeta mejor la empuñadura de la espada que este junco recortado. Incluso así, se me ha asegurado que mi enrevesada escritura seguirá existiendo mucho después de que la mano que le dio forma se haya convertido en polvo. Esto me ha asegurado el hermano Aneirin, y él sabe mucho de tales cosas. Que así sea.

Nací bajo la mirada de Ynys Prydein, junto con mi hermano y gemelo, Gwalcmai; los dos hijos del noble Lot, rey de las Órcadas. Mi nacimiento, en sí, no tiene demasiada importancia; pues, de no haber sido por Arturo, habría permanecido toda la vida en aquel lugar inhóspito sin viajar más allá de los mojones que delimitan el reino isleño de mi padre; a no ser por Arturo, mi vida podría haberse limitado a ir de caza o de pesca y a dirimir las disputas entre jefecillos. Nunca habría oído hablar del Reino del Verano —y mucho menos del Grial— y lo cierto es que no estaría escribiendo esto.

No obstante, persistiré en mi empeño para que puedas saber cómo sucedió todo.

Todo aquel que tiene orejas ha oído hablar de Arturo y de sus padecimientos y triunfos; relatos y más relatos inundan la nación desde Lloegres a Celyddon. Muchos bardos los cuentan ahora, y algunos seguidores de la disciplina monástica los han escrito, incluso. Puede que yo sea un escribiente deplorable, pero tal vez no mucho más que la mayoría de todos estos fastidiosos eruditos.

Ellos hablan de guerras y batallas, y eso está bien; hablan de hombres valientes que defendieron con sus vidas la Isla de los Poderosos. Tales

relatos son útiles, y algunos hasta son ciertos; no tengo nada en su contra. Pero mi cometido va por derroteros distintos.

Como verás, es sobre el Grial que voy a hablar: ese extraño generador de maravillas, ese tan misterioso recipiente del deseo.

Peligroso, sí, y más hermoso de lo que pueden expresar las palabras, es el tesoro más sagrado de este mundo. Sin embargo, de no haber sido por Arturo, esa copa inapreciable habría sido olvidada sin duda, y sus virtudes curativas, perdidas por culpa de la ignorancia y la desidia. Aun así, si hay que ser sincero, de no haber sido por Arturo, ninguno de los terrores y tribulaciones que describo nos hubieran acontecido; sin Arturo, el Grial estuvo a punto de perderse, y una llama del immaculado fuego celestial se habría extinguido en la tierra.

He aquí un relato que pocos han escuchado y es más valioso que todos los otros. Ah, pero estoy adelantando acontecimientos. Has de saber que las huestes del Enemigo Ancestral son inmensas, y no titubean ante nada a excepción de la palabra divina. Y no tengo la menor duda de que el estruendo de la lucha que tuvo lugar cuando esos dos contendientes se enfrentaron resonará a través de los tiempos. Bienaventurado entre los hombres, tuve la fortuna de cabalgar a la derecha de mi soberano en la vanguardia del combate. Tiembla y palidece; persígnete con runas y oraciones poderosas, invoca la compañía de los ángeles, y presta atención a mi advertencia: donde el bien persevera, los poderes maléficos acechan. Esto puedo asegurarlo.

¡Escucha con atención! Mencionar el Grial es mencionar un misterio con un secreto en sus entrañas, y yo, Gwalchavad, príncipe de las Órcadas, conozco el secreto mejor que nadie. Si la narración te complace, tanto mejor... pues no me gustaría que lo que relato en este libro se leyera con indiferencia.

Así pues, examina tu corazón; examínalo con suma atención. Si eres partidario de todo lo que es cierto y correcto, entonces sé bienvenido y sigue leyendo; pero si prefieres saborear el aderezo de la calumnia y de las cosas poco claras, si te deleitas con las mentiras, traiciones y seducciones, no hallarás mucho que pueda gustarte aquí. Jesús bendito, mi intención es contar la verdad de lo que sé.

Doy comienzo, por lo tanto, a mi relato.

Durante siete largos años luchamos contra los vandálicos saecsen. Fueron siete años de penalidades y privaciones, miseria, tormento y muerte; pero, bajo el mando de Arturo, y con la ayuda de la Veloz Mano Firme, conseguimos triunfar finalmente. Esto es algo bien sabido —a decir verdad, incluso los tiernos infantes están enterados de cómo el ejército de Inglaterra alzó la muralla en la colina de Baedun y destruyó

al osado invasor—; por lo tanto, no voy a decir nada más, excepto para señalar que apenas si habíamos recuperado el aliento tras nuestra victoria, duramente obtenida en Baedun, cuando nos vimos acosados por la nómada hueste vándala. Combatiendo primero en Ierne, luego en Inglaterra, perseguimos por casi todo Lloegres a Amílcar, aquel codicioso jabalí batallador, antes de conseguir sojuzgarlo.

Fue una guerra extraña, aquélla; duró apenas algo más de una estación, pero ocasionó más daño y destrucción a nuestro país que todas las guerras saecsen juntas. ¿Por qué será que las desgracias siempre vienen de tres en tres? Pues acompañando a los estragos de los vándalos vinieron también la peste y la sequía; y aquellos que refunfuñan y se quejan harían bien en recordar que el Pendragon tenía tres enemigos a los que combatir, no uno solo. Si existe otro rey que hubiera podido hacerlo mejor encontrándose en tal inferioridad de condiciones, mostrádmelo, os digo, o guardad silencio. Es imposible complacer a todo el mundo. Si bien muchos alzan sus voces acusadoras y se lamentan en voz alta por los territorios perdidos y cosas parecidas, yo sigo pensando que Arturo eligió el mejor camino.

Todo ha terminado ahora, en todo caso, así que de nada sirven las pataletas. Si conocieran al Oso de Inglaterra, comprenderían que sus miserables lloriqueos no hacen otra cosa que reforzar aún más sus convicciones.

Es mucho mejor un adversario digno de confianza que un amigo traicionero, y ya estamos hartos de amigos intrigantes. La Isla de los Poderosos está mejor sin personas como Ceredig, Morcant, Brastias, Gerontius, Urien, y su rebelde calaña, que se pasaban la vida creando problemas. Al diablo con todos ellos, afirmo. Estoy convencido de que nadie los echará en falta.

¿Dónde estaban ellos —todos esos que se quejan a gritos— cuando Arturo se opuso al jefe vándalo? Urien y Brastias tenían en mente usurpar el puesto del Supremo Monarca, pero ¿les oí acaso ofrecerse a ocupar el lugar del soberano sobre el ensangrentado campo de batalla? Gerontius siempre estaba dispuesto a incitar a los demás en su mezquina rebelión, pero ¿vi quizás al audaz Gerontius en primera línea de combate?

No, claro que no.

Habíamos reunido el mayor ejército que jamás se había visto en Inglaterra desde el gran Constantino: veinte mil hombres y quince mil caballos! Sin embargo, en ese día espantoso Arturo se enfrentó solo a su enemigo, y a los traicioneros señores no se los veía por parte alguna. Bueno, fue su elección. Que así sea. Pero, en lugar de insultar al Cielo

con sus lamentos, mejor sería que dieran las gracias de todo corazón por poseer tanto aliento como lengua con que poder quejarse.

Arturo pagó muy cara la paz de que ahora disfrutamos. Cuando se lo llevaron del campo de batalla, se llevaron también nuestros corazones... y el sol y las estrellas al mismo tiempo, ya que sin Arturo nos vimos sumidos en las tinieblas.

—Lo han llevado a Ynys Avallach —dijo Rhys, con el rostro grisáceo por la fatiga y la preocupación—. Si sabes algunas oraciones, dílas ahora. —Porque si Arturo había de sanar, sólo podría ocurrir en aquel lugar sagrado y en ningún otro. El sabio Emrys era quien mejor sabía lo que había de hacerse. Rhys transmitió entonces la última orden de Arturo—: Conduciréis a los vándalos al norte, donde tomarán posesión de las tierras entregadas por los señores rebeldes. Todos aquellos que vivan en estos reinos serán expulsados y sus poblados, confiscados por culpa de la traición de sus señores.

Partieron pues, dejándonos allí para que estableciéramos la paz que Arturo había ganado. Dividimos el ejército; Bedwyr, Cai y yo condujimos al nuevo caudillo vándalo Mercia y a sus tribus a las tierras que el monarca les había concedido en el norte. Cador y el resto de los *cymbrogi* —el nombre lo eligió Arturo y significa «compañeros del corazón»— se dedicaron a supervisar la partida de estas costas de los traidores y sus seguidores, cuyas tierras habían sido confiscadas.

Agobiados por la responsabilidad de conducir a tanta gente, y fatigados de tanto batallar, nos encaminamos al norte muy despacio, guiando a las huestes vándalas y buscando agua mientras avanzábamos. Algo que resulta más fácil de decir que de hacer, me temo; con cada día que pasaba la sequía aumentaba, y la miseria se extendía desde una a otra punta del país. Me partía el corazón ver una propiedad tras otra abandonadas —la mayoría habían huido a Armónica— pero peor aún eran las ciudadelas quemadas, aquellas que la peste había asolado y destruido.

Si la visión de tanto sufrimiento nos oprimía el corazón, la idea de desalojar a honrados ciudadanos británicos de sus tierras natales nos llenaba de desesperación. Oh, es algo muy duro, muy duro tener que decir a alguien que debe entregar su hogar y que el trabajo de toda una vida se ha reducido a nada porque el granuja de su señor ha faltado a la palabra dada al Supremo Monarca. Mejor apuñala a ese hombre en el corazón; te aseguro que al final resulta mucho más caritativo.

Odiaba la tarea que se me había encomendado, y rogaba por hallar un modo de eludir lo que debía hacerse. Día tras día, mientras trasladábamos a la hueste vándala hacia el norte, rezaba a Dios para que sucediera un milagro.

¡He aquí que mi oración encontró respuesta, no en un milagro, sino en una resolución casi igual de satisfactoria! Una noche, la sexta o séptima desde que habíamos dejado el campamento junto al campo de batalla en Caer Gloiu, Mercia y su sacerdote se acercaron a la tienda de Bedwyr, el cual se había llevado consigo el sillón de campaña y la tienda de Arturo como único y escaso consuelo para un viaje miserable. Disfrutábamos en aquellos instantes de unos momentos de descanso tras otro día de penalidades.

—¿Qué es lo que quieren ahora? —refunfuñó Bedwyr.

Al igual que Bedwyr, yo no deseaba otra cosa que poner fin a aquel día de calor y polvo en buena compañía.

—Me ocuparé de ellos —ofrecí, con la idea de despacharlos; me incorporé para llamarlos.

—Espera, hermano —suspiró Bedwyr, cambiando de opinión—. Puesto que no hemos tenido más que un polvoriento atisbo de ellos desde hace uno o dos días, será mejor que los dejemos hacer.

El atezado Mercia, de cabellos y ojos oscuros —más oscuros todavía en la creciente oscuridad—, nos cumplimentó con su acostumbrado saludo, que consistía en golpearse el corazón con el puño. El antaño sacerdote cautivo, Hergest, habló al tiempo que lo hacía Mercia, diciendo:

—Saludos, amigos.

—Saludos —respondió Bedwyr sombrío. Tras días de pastorear vándalos, le resultaba cada vez más difícil mostrar entusiasmo por sus asuntos.

—Sentaos, si lo deseáis —dije, intentando mostrarme cortés—. Os ofreceríamos una copa para humedecer vuestras gargantas en un día tan sofocante, pero no tenemos nada que poner en ella.

Esto último lo dije para evitar el ruego que sabía que íbamos a recibir. Cada día desde el inicio del viaje, uno u otro de los caudillos bárbaros se había presentado ante nosotros para exigir una mayor ración de agua... en ocasiones dos o tres de ellos en un mismo día; pero la poca agua que teníamos se distribuía en igual medida entre todos, como les decía, todos y cada uno de los días.

—Hace calor, sí —repuso Mercia.

Su habla, aunque entrecortada, mejoraba a ojos vistas, lo que demostraba que Hergest debía de ser un buen profesor.

—Sí —respondió Bedwyr, recostándose en su sillón—. Necesitamos lluvia... La tierra necesita lluvia.

—Mi gente estar sedienta —replicó el otro sin rodeos.

—¿Acaso soy una fuente? —inquirió Bedwyr, reaccionando con irritación—. Acabo de decir que necesitamos que llueva. Se trata de una sequía, ¿sabéis? Todo el mundo tiene sed.

Mercia lo contempló con placidez, impertérrito ante este arrebato. Dirigió una rápida mirada a Hergest, quien emitió unas cuantas palabras de sonido estridente en la lengua del vándalo, a las que éste se limitó a asentir para luego soltar un larguísimo torrente de jerigonza bárbara.

Cuando terminó, volvió a asentir, en esta ocasión en dirección al sacerdote, que dijo:

—Lord Mercia desea que ambos sepáis que sería poco noble de su parte pedir agua cuando su gente está sedienta. No lo decía con intención de ofender.

—Muy bien —murmuró Bedwyr, algo escarmentado por la respuesta.

—Mercia dice también que se siente infeliz —siguió Hergest y, antes de que Bedwyr o yo pudiéramos articular una respuesta, el sacerdote añadió—: El motivo de su desdicha es éste: le desagrada desarraigar ingleses de sus hogares. Ser la causa de tantas penalidades hace que se sienta despreciable.

—Lo comprendo —le dijo Bedwyr—, pero no se puede hacer nada. Las dificultades de esta gente son producto de la acción deliberada de sus señores, que han roto la palabra dada a Arturo. El castigo lo han de compartir todos. Ésa es la voluntad del Supremo Monarca.

Cuando el vigoroso sacerdote le hubo transmitido el significado de aquellas palabras, Mercia respondió:

—No discuto la sentencia de Arturo. Pero quisiera ofrecer un... ah, un acuerdo —dijo, hablando a través de Hergest.

—¿Sí? —repuso Bedwyr con cautela—. ¿Qué acuerdo es éste?

—Dejad que nos instalemos en tierras sin dueño —sugirió el caudillo mediante el sacerdote—. Dejad que se queden aquellos que lo deseen, pero decidles que no nos quedaremos con propiedades británicas habitadas.

Esto era algo insospechado.

—¿Y dejar que ingleses y vándalos vivan juntos en el mismo reino? —pregunté.

—Si a alguno le apetece quedarse —respondió Hergest—. Los vándalos compartirían la tierra con todo aquel que esté dispuesto a compartirla con ellos.

—¿Habla en serio? —inquirió Bedwyr, acariciándose la barbilla.

—Desde luego —nos aseguró el sacerdote en tono férreo—. Ha hablado con los otros caudillos, y todos están de acuerdo. Preferirían instalarse en zonas inhóspitas antes que desplazar a inocentes. —Hizo una pausa—. ¿Puedo explicarlo?

—Si puedes...

—Lo que sucede es esto —dijo Hergest—. La generosidad de Arturo es más de lo que esperaban, y los ha avergonzado. Los habitantes de Vandalia son una raza orgullosa e ingeniosa. Puesto que la necesidad es acuciante, aceptarán la tierra que Arturo ha decretado que sea suya, pero a su amor propio le repugna provocar penurias a los compatriotas de aquellos que les han ofrecido su amistad.

Sacudí la cabeza con asombro.

—¿Penurias? ¡Jesús bendito, pero si hace unos pocos días estos bárbaros sanguinarios se dedicaban a saquear y quemar estos mismos poblados ingleses!

—Eso —escupió Mercia— lo hizo Amílcar.

Evidentemente, no existía demasiado afecto entre el derrotado monarca vándalo y sus subordinados.

—¿Y es tan distinto Mercia? —preguntó Bedwyr con rudeza, insistiendo en la cuestión, creo, para averiguar qué clase de hombre podría ser el nuevo rey.

Sin una vacilación, el sacerdote contestó:

—Mercia lamenta el saqueo y los incendios que Amílcar infligió a esta tierra. Era una guerra, y tales cosas suceden. Pero, ahora que Mercia es señor de los vándalos, hussae y rögatti, ha jurado amistad a Arturo. Tal amistad la valora en gran manera, y desearía aumentar su valía extendiéndola a aquellos que poseen las tierras en las cuales deben instalarse las tribus vándalas.

Yo estaba sorprendido. La sugerencia demostraba a la vez benevolencia y sagacidad. La astucia podría haberla esperado, pero la compasión que existía en la proposición del bárbaro me cogió por sorpresa. Miré a Bedwyr, quien me devolvió la mirada, frotándose la nuca.

Hergest detectó nuestra vacilación.

—Mercia no os pide que confiéis en él: simplemente que lo pongáis a prueba.

—No es una cuestión de confianza —dijo Bedwyr muy despacio—. El verano está muy avanzado; no hay tiempo de obtener una cosecha antes de que llegue el invierno. Os harán falta alojamientos, y corrales, y... todo lo demás. ¿De dónde los sacaréis, si no es de los ingleses?

Cuando el sacerdote le hubo explicado las palabras de Bedwyr, el joven caudillo sonrió.

—No carecemos de maña para tales cuestiones —contestó por mediación de Hergest—. Además, nuestros hombres sabios dicen que el invierno será parecido a los de nuestro país en el mar meridional. No nos perjudicará.

—El invierno en el norte es duro y largo —le indicó Bedwyr—, como yo muy bien sé.

—Vuestra preocupación os honra, lord Bedwyr —replicó el sacerdote—. Pero ¿no padecerían el invierno los ingleses sin hogar del mismo modo que los vándalos sin hogar? —Alzó una mano en dirección a Mercia—. Mi señor dice que, si hemos de vivir bajo el mandato de Arturo, que sea entre la gente de Arturo.

Los ojos del joven caudillo se pasearon de Bedwyr a mí, y viceversa... instándonos a creerle.

Lo observé con atención, sin saber qué hacer. Lo cierto era que nos ofrecían un modo de evitar la odiosa tarea de obligar a abandonar sus casas a la gente..., compatriotas cuyo único pecado había sido tener nobles desleales como señores. ¿Qué haría Arturo?

Estaba a punto de despedirlos para que nos dejaran meditar sobre la cuestión, cuando Mercia dijo:

—Lord Bedwyr, lord Galahad —eso era lo más que podía acercarse a nuestros auténticos nombres—, por favor, os lo ruego, dejadnos justificar la confianza que se ha depositado en nosotros.

—Muy bien —repuso Bedwyr, tomando una decisión—. Que sea como decís. Os conduciremos a tierras no reclamadas y allí os instalaremos. Dejo a vosotros el modo en que dividiréis los reinos entre vuestras tribus. Construid vuestros poblados como queráis. Pero no deben existir problemas entre vuestra gente y los ingleses que decidan quedarse.

Lo dijo con severidad, cada palabra, una amenaza implícita. Mercia se abalanzó hacia delante, se arrodilló ante él, cogió su mano, y la besó. Sin duda esto era algo normal entre los vándalos, pero nosotros no estamos acostumbrados a ello, y Bedwyr retiró la mano precipitadamente, diciendo:

—Levántate, Mercia. Tienes lo que buscas. Ve y díselo a tu gente.

El caudillo se alzó y se colocó un poco aparte, sonriendo lleno de satisfacción.

—Una sabia decisión, príncipe Bedwyr —nos aseguró Hergest; se llevó la mano a la garganta, y me di cuenta de que ya no llevaba la argolla de hierro de los esclavos.

—Asegúrate de que no he de vivir para lamentarlo.

—Los vándalos son bárbaros, es cierto. Pocas veces dan su palabra; pero, cuando lo hacen, el juramento se mantiene hasta la quinta generación —afirmó el sacerdote—. Yo confío en Mercia.

—Que el Señor te colme de bendiciones —contestó Bedwyr—. Estoy satisfecho.

—Estoy sinceramente contento de ver que estás satisfecho —dije a Bedwyr cuando se hubieron marchado—. Sólo me pregunto qué dirá Arturo cuando se entere de lo que hemos hecho.

—Eso no me preocupa en absoluto —respondió él, y se volvió de espaldas rápidamente, añadiendo—: En lugar de ello, rezo para que viva y pueda oírlo.